Paranoia

Marta López

♦♦♦

Hoooola, soy yoooo, Georgina —dije alegremente ante la puerta de la casa de mi querida prima Yara, a quien visitaba un día de verano, especialmente caluroso a la caída de la tarde, buscando un poco de paz.

Había terminado temprano de resolver una larga lista de pendientes en oficinas, comercios, escuelas y talleres cuando decidí ir a verla. Siempre me resulta agradable platicar con ella, pero que no sea sobre la iglesia ni los árabes, pues aunque de ordinario muy suave y prudente, cuando por desgracia caemos en estos temas, deja ver su desagrado ante las diferencias de opinión. La verdad, aun ante los reclamos de un policía de tránsito o ante una injusticia cometida en contra de algún inocente, cosas que la enardecen, nunca la he visto ni medio descompuesta.

Se abrió la puerta y pude ver delante de mí una Yara desconocida, con el rostro marcado por un severo desvelo, temblorosa, llevaba en la mano un pesado rastrillo, que me indicó la labor de jardinería a la que se dedicaba al momento de mi llegada, el que apretaba fuertemente hasta hacer enrojecer los nudillos de los dedos. Y su rostro de ordinario apacible y amable, reflejaba ahora sentimientos terribles, que conociéndola, no me atreví a calificar de odio. No pude evitar pensar que algo muy malo estaba pasando.

Todavía paradas a la entrada de la casa y ante la mirada desconsolada de mi sobrina, la pequeña Yuri, comenzó su relato, la voz le salía a borbotones y casi salí huyendo de su casa cuando me pidió consejo, pues enterarme de la causa de su tragedia me hizo poner la piel chinita.

—Mira Georgina, ...si vuelve a venir lo mato —subió la voz—, no te quepa la menor duda, tengo una semana de no dormir, todo el tiempo pensando que puede aparecer en cualquier momento, te juro que no podré soportarlo, soy muy católica, respeto la vida y la naturaleza, pero esto va más allá de mis fuerzas.

La situación me incomodaba, y como tampoco me había ofrecido "algo refrescante" según era su costumbre cuando llegaba a visitarla, aproveché para interrumpirla en la menor toma de aire que hizo en su interminable perorata llena de agresividad.

♦♦♦

—¿Sabes prima?, tengo una sed terrible, ¿me regalas un vaso de agua fresca?

La vi sonrojarse.

—¡Ay, Geo! —se quejó—, cómo es posible que me esté pasando esto?, mira que desconsiderada he sido contigo, y todo por culpa de ése... Vamos un momento al jardín, allí tomaremos un helado y te seguiré contando. La escuché amenazadora.

Yuri entre tanto me confesó su preocupación, pues según me dijo, su mamá estaba a punto de volverse loca.

Yo ya no podía más. Mientras ella preparaba una charola con helado de frambuesa y pastitas hechas en casa, pensaba en excusarme con algún pretexto e irme rápidamente, no deseaba involucrarme en su problema y tampoco se me venía un buen plan o un consejo que dar... Pero mi helado favorito, un poco de compasión y otro de solidaridad femenina, me hicieron vacilar y ya con la oportunidad perdida, caminaba mansa, tras ella.

Habría pasado una media hora, ella había tomado nuevo aire y continuaba con el mismo tema, mirando a cada momento a la entrada como si esperara que alguien llegara. Cuando de pronto, levantándose gritó:

—Allí está... ha vuelto... y sin dejar distancia entre palabra y acción entró corriendo a la casa...

Cerré los ojos. Sólo escuchaba el ruido seco del rastrillo —del que en ningún momento se apartó— golpear una y otra vez. Pasaron dos, tres, cinco, diez minutos, no lo puedo decir, perdí la noción del tiempo y sólo me hizo reaccionar el grito jadeante y tembloroso de mi prima que a punto de caer desmayada me llamaba.

—Mira —casi gritó—, lo he logrado, me he deshecho de él, nunca volverá a molestarme.

Y con la victoria asegurada, el rostro de Yara recobraba poco a poco su apacible semblante. De observar su rostro dirigí la mirada al piso. Inerme, con los ojos abiertos, con un hilo de un líquido viscoso y sanguinolento saliendo de su boca y moviéndose compulsivamente... yacía un pequeño ratoncito.♦

